

WALTER BENJAMIN

MATERIALES PARA UN AUTORRETRATO

Prólogo, selección y traducción de
Marcelo G. Burello



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2017

Benjamin, Walter

Materiales para un autorretrato / Walter Benjamin ; compilado por Marcelo G. Burello ; prólogo de Marcelo G. Burello. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2017.

218 p. ; 21 x 14 cm. - (Filosofía)

Traducción de: Marcelo G. Burello.

ISBN 978-987-719-126-4

1. Filosofía. 2. Ensayo filosófico. I. Burello, Marcelo G., comp.

II. Burello, Marcelo G., prolog. III. Burello, Marcelo G., trad.

IV. Título.

CDD 190

Distribución mundial

Armado de tapa: Leonardo Ferraro

D.R. © 2017, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738

Ciudad de México

ISBN: 978-987-719-126-4

Hecho el depósito que marca la ley 11723.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN COLOMBIA - PRINTED IN COLOMBIA

ÍNDICE

<i>Para un retrato de cuerpo entero de Walter Benjamin,</i> por Marcelo G. Burello	11
---	----

Primera parte

AÑOS DE APRENDIZAJE

<i>Viaje pentecostal desde Haubinda</i>	19
<i>El poeta.</i>	23
<i>La Comunidad Escolar Libre</i>	26
<i>A Ludwig Strauss</i>	32
<i>Tierra alienada</i>	37
<i>Educación erótica. Con motivo de la última velada literaria</i> <i>estudiantil en Berlín.</i>	39
<i>Aforismos sobre el tema fantasía y color</i>	41
<i>Soneto 1</i>	43
<i>El arco iris. Diálogo sobre la fantasía.</i>	45
<i>Sobre la Edad Media</i>	54
<i>Tesis sobre el problema de la identidad.</i>	56
<i>El centauro.</i>	59
<i>El humor</i>	60
<i>Sobre el problema de la fisionomía y la predicción.</i>	62
<i>Lo luciferino</i>	63

Segunda parte

INTENTOS Y FRACASOS

<i>Analogía y afinidad</i>	67
<i>Muerte</i>	71

<i>En el sentimiento de culpa sexual...</i>	72
<i>Autoanuncio de la tesis doctoral</i>	74
<i>Sobre el enigma y el secreto</i>	76
<i>Fantasia</i>	78
<i>Soneto 51</i>	83
<i>A Ludwig Klages</i>	85
<i>La prostituta</i>	87
<i>Presentación de la revista Angelus Novus</i>	88
<i>Al 6 de enero de 1922</i>	94
<i>Sobre el diletantismo</i>	96
<i>Sobre la grafología</i>	97
<i>A Hugo von Hofmannsthal</i>	98
<i>Viejos libros infantiles olvidados</i>	102

Tercera parte

MOSCÚ, PARÍS, UTOPIA

<i>Kitsch onírico</i>	107
<i>Fundamento de la moral</i>	111
<i>Telepatía</i>	112
<i>Rasgos principales de la primera impresión del hachís</i>	114
<i>Para la teoría del asco</i>	118
<i>Curriculum vitae</i>	119
<i>Algunas cosas sobre arte popular</i>	122
<i>¿Qué le regalo a un esnob?</i>	125
<i>Apuntes para una teoría del juego</i>	128
<i>A Gershom Scholem</i>	131
<i>El segundo yo. Una historia de Nochevieja para reflexionar</i>	135
<i>Cagliostro</i>	138
<i>Sobre el ratón Mickey</i>	145
<i>Sobre los barcos</i>	146
<i>Sobre la astrología</i>	147

Cuarta parte
EN EL EXILIO

<i>Poema triste</i>	151
<i>Kierkegaard. El final del idealismo filosófico</i>	152
<i>Agésilaus Santander</i>	155
<i>Apuntes sobre la prueba de mescalina</i>	158
<i>Materiales para un autorretrato</i>	161
<i>El deseo</i>	162
<i>La menospreciada virilidad de Hitler</i>	163
<i>Ritos de pasaje</i>	165
<i>A Asja Lacis</i>	166
<i>¿Por qué los alemanes cultos escriben con tan mal estilo?</i>	169
<i>A Stefan Benjamin</i>	170
<i>Apuntes de diario, 1938</i>	172
<i>Conozco a alguien</i>	181
<i>A Gretel Adorno</i>	182
<i>Nota de suicidio a Henny Gurland</i>	186
<i>Notas sobre los textos, por Marcelo G. Burello</i>	187
<i>Cronología</i>	211

PARA UN RETRATO DE CUERPO ENTERO DE WALTER BENJAMIN

Marcelo G. Burello

ENTRÉ en contacto con la obra de Walter Benjamin durante mis estudios universitarios, a principios de la década de 1990. El solo nombre ya poseía resonancias magnéticas, aunque en el ámbito académico se lo invocaba casi puramente como un miembro heterodoxo de la denominada Escuela de Frankfurt. A mediados de aquella década, todavía formativa para mí, el grupo en torno a la revista *Confines* me encomendó traducir textos de esa idiosincrásica pluma: un intercambio epistolar donde el berlinés explicaba sus tempranas y ambiguas relaciones con el movimiento juvenil y con el sionismo. Desde entonces, mucho tiempo ha pasado. Mis ocasiones para volver a él fueron aumentando, conforme Benjamin iba dejando de ser el autor de algunos lúcidos ensayos para convertirse paulatinamente en uno de los máximos exponentes del pensamiento crítico del siglo xx y, por ende, uno de los pensadores más citados y referenciados también en lengua española (como ya lo era en su lengua natal, así como en italiano y francés, e incluso en inglés, pese al escaso paladar anglosajón para el genio germánico). Y es que de pieza selecta de la intelectualidad de habla hispana del siglo pasado, ese inefable y malogrado berlinés se había transformado en un referente insoslayable al despuntar el siglo actual, en un ascenso tan fluido que a quienes lo vivimos nos parecía un fenómeno lógico, natural, más producto de los innegables méritos intrínsecos de su pensamiento que de las caprichosas variaciones de la coyuntura (con la bancarrota del proyecto soviético a la cabeza).

Esta consagración tardía, sin embargo, a la par ha ido creando una equívoca imagen pública: la de un pensador progresista y con-

sistente, abnegado y discreto, trágicamente incomprendido en su momento, pero en el fondo y a la larga siempre acertado e igualmente comprometido con las causas justas. Y, como suele suceder con los pensadores que impactan masiva y anacrónicamente, el retrato promedio de Walter Benjamin que hoy circula entre el gran público contiene varios presupuestos bastante desinformados o mal informados (según si los juzgamos intencionales o no).¹

Para empezar, mencionemos el detalle no menor de que normalmente se lo lee al revés de su desarrollo, esto es, partiendo de los últimos textos que compuso en su vida. En consecuencia, su percepción madura de las relaciones entre política y estética en el ahora celeberrimo ensayo “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” y su comprensión final de la profunda injusticia que pesa sobre el mundo, tan lúcida y bellamente expuesta en el que fuera su testamento intelectual, “Sobre el concepto de historia”, sugieren una teleología destinal para toda su vida y obra, cual si el autor hubiera *tenido* que pasar por donde pasó y vivir lo que vivió para arribar a esas postreras iluminaciones espirituales. El poderoso efecto retroactivo de esos inspiradísimos escritos, de esta forma, echa un largo manto de sombra hacia el resto de su obra previa, alineándolo todo de modo tal que cada página, cada oración, cada palabra parezca compuesta para consumarse en ese gran *finale*. Lo cierto es que de no haber apurado el fatídico gesto con el que puso fin a su vida (vanamente, al parecer), Benjamin habría llegado poco después a Estados Unidos y habría estado escribiendo sobre los taxis de Nueva York, las bikinis de California, la cobertura de la guerra en la óptica de los Aliados y cosas por el estilo, que hacían a sus variados intereses y a sus posibilidades laborales como escritor y periodista exiliado sin acreditación profesional alguna, con un pésimo idioma inglés y, para colmo de ma-

¹ Me refiero a las diversas interpretaciones y apropiaciones desde el marxismo y la izquierda en general, desde el judaísmo, desde el vanguardismo artístico, etc., cuya coexistencia prueba la multiplicidad y la riqueza del profuso corpus benjaminiano.

les, con nula experiencia docente. Con esto quiero señalar que sus últimos escritos y su aventura terminal proveen a la *vulgata* de sus ideas con un falso redondeo, demasiado prístino, demasiado fácil, demasiado... biempensante.

Ciertamente, concedamos que, como fruto de la decantación de lógicas generalizaciones y simplificaciones, la imagen pública y extendida de Walter Benjamin es una estampa de trazo grueso, necesaria e incluso querible. Pero si a este pensador clave se lo quiere captar en toda su magnitud, con sus luces y sus sombras, sería aconsejable cuestionar y revisar ese retrato, en especial dada la importancia que ha adquirido. Para eso, nada mejor que dejarlo expresarse en todo el amplio espectro de sus temas y tonos. No con otro libro *sobre* Benjamin, sino con otro libro *de* él, pero uno algo diferente: uno que deliberadamente muestre el gabinete de curiosidades de un pensador cuya obra íntegra era en verdad un laboratorio de pruebas, de las que por lo general solo se conocen las puntas de iceberg. Un libro, en definitiva, que le habría complacido al propio autor, ajeno a cualquier etiqueta.

Esta antología, así, es para aquellos lectores que aspiran a vér-selas con un Benjamin auténtico, de carne y hueso, y ante todo para quienes aún quieren sorprenderse con él, al punto de leer un volumen íntegro salido de su pluma como si fuera la obra de un extraño con un lejano aire de familia, un desconocido que resulta atractivo o interesante por un vago presentimiento, sin que se tengan mayores datos sobre su persona. Es un volumen que va a contrapelo —obviamente usando la expresión que él mismo invocara para proponer una historiografía alternativa—² de la imagen pública sobre su obra, en primer lugar, pero también una selección de textos que lo muestran como un paradigma de quien en el fondo, quizás incluso en secreto, vivió a contramano de la sociedad y la cultura en las que se formó y que lo rodearon: las instituciones, los

² Véase la célebre tesis VII de “Sobre el concepto de historia” (o, en su título alternativo, “Tesis sobre filosofía de la historia”, como fue bautizado inicialmente el texto por su primer editor, Theodor W. Adorno).

discursos, los ritos, todo se le volvía un artificio digno de ser criticado, historizado, relativizado y, más aún, re combinado y reutilizado por mera curiosidad personal o por intereses colectivos. Un hombre sin domicilio estable ni empleo fijo, con relaciones amistosas que incluían la tensa discordia y vínculos amorosos que no se excluían entre sí; un solitario incurable que continuamente procuraba pertenecer a grupos (estudiantiles, políticos, religiosos, profesionales, culturales, etc.) con los que entraba, de manera fatídica, en conexiones problemáticas y sospechosas. Alguien cuyos propios seguidores y especialistas preferirían ignorar u olvidar que abrevó de fuentes comunes al fascismo, que profesó concepciones epistemológicamente inadmisibles o que, incluso, condescendió a promiscuidades en lo personal y privado.

Los textos que aquí se presentan, en buena parte aún inéditos en español y alineados en una serie cronológica tentativa,³ se enhebran constituyendo un itinerario oscilante, con un punto de pivote común: el nacionalismo exacerbado, que se probó a sangre y fuego en la Primera Guerra Mundial y que a la sazón degeneró en el totalitarismo que diera pie a la Segunda Guerra Mundial. Pues el joven Walter Benjamin tomó sus primeras decisiones adultas en función de independizarse de su hogar paterno y de evitar el servicio militar alemán (escapando a la escalada bélica de 1914), y a partir de ahí ingresó en un ciclo vital que ya no conocería otra solución de continuidad que la muerte por mano propia, yendo siempre de un lado a otro con el fin de escapar a las garras del fascismo. Siguiendo ese trágico hilo transversal, la estructura cuatripartita de este volumen pretende detectar etapas en atención a ciertos hitos biográficos que pautaron la existencia del autor, sin por ello velar las continuidades de sus afanes más manifiestos y, en especial, las tensiones más llamativas en este verdadero patrono de la contradicción y la

³ Como bien lo observaron oportunamente los editores italianos, el criterio temporal es difícil de sostener en alguien como Benjamin. Coloco los textos siempre según la presunta fecha inicial que sugieren los editores alemanes, valiéndonos del *terminus a quo* como una referencia plausible.

indefinición (que ciertamente no son lo mismo, pero que a lo lejos se parecen).

En la primera parte, “Años de aprendizaje”, se puede ver a nuestro protagonista desde la niñez a la madurez: sus estudios escolares, sus tempranos amores, su matrimonio, la llegada de su hijo y su doctorado, que parecía augurar un brillante futuro. En “Intentos y fracasos”, a continuación, estamos frente a sus primeros tanteos en el mundo académico, editorial y periodístico, hasta llegar al fracaso de su pareja, de su revista y, sobre todo, de su habilitación docente, vale decir, de su posible carrera académica. La tercera parte, “Moscú, París, utopía”, nos muestra al pensador ya sin hogar por decisión propia, recorriendo Europa en busca de perspectivas y encarando grandes proyectos como crítico y ensayista. “En el exilio”, por último, lo revela en un estado de crisis permanente, sin poder pisar Alemania y oscilando forzosamente por toda Europa Occidental, hasta la desesperación final. Cada parte contiene 15 piezas, de variada extensión, y cada una de ellas —rubricada por un pequeño comentario orientativo al final del libro— pretende dar cuenta de ciertos complejos temáticos recurrentes y algo marginados por esa imagen pública estereotipada a la que me referí al comienzo (tales como el campo de lo mágico, lo alucinatorio y extrasensorial, lo onírico, lo esotérico, lo lúdico, lo erótico, e incluso lo humorístico). Además, he querido poner a la luz algunos aspectos muy íntimos y cuestiones afectivas poco conocidas de alguien que se esforzaba por no revelarse personalmente en su escritura,⁴ con el ánimo de expandir todo lo posible la imagen. Como resulta lógico, en la primera parte del legado benjaminiano abundan los textos inéditos o muy poco conocidos, y en la última, la de madurez, se destacan los ensayos

⁴ Leemos en su *Crónica berlinesa* (1932): “Si escribo en un alemán mejor que la mayoría de los escritores de mi generación, eso se lo debo en buena parte a haber observado una única regla menor durante veinte años. Dice así: no usar nunca la palabra ‘yo’, salvo en las cartas. Las excepciones que me he permitido hacer a este precepto se pueden contar con los dedos” (*Gesammelte Schriften*, t. VI, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1991, p. 475).

más célebres. En esta selección hago prevalecer la poesía en el inicio y las cartas al final, como testimonio privilegiado de una intimidad siempre inquieta y en conflicto. Y para darle cierta compacidad a este heterogéneo grupo, he incorporado al principio el primer texto y al final el último de lo que se ha conservado de su íntegra producción; la ilusionada crónica de un viajero y la amarga nota de un suicida encierran, así, un flujo que se me antoja infinito.

Cabe consignar brevemente aquí las fuentes textuales. La primordial ha sido *Gesammelte Schriften* [Escritos completos], en la edición clásica de Rolf Tiedemann y otros colaboradores, en siete tomos publicados entre 1972 y 1989 (algunos de ellos, además, desdoblados en dos o tres volúmenes). Apenas se vieron hasta ahora los primeros ejemplares de la nueva edición crítica en 21 tomos (bajo el nombre de *Werke und Nachlass. Kritische Gesamtausgabe* [Obras y escritos póstumos. Edición crítica integral]), por lo que descarté apoyarme en ellos. Para las cartas, comparé la pionera edición en dos tomos de *Briefe* [Cartas], editada tempranamente en 1966 por Adorno y Scholem, y las *Gesammelte Briefe* [Cartas completas], en seis volúmenes, editadas desde 1994 a 2000 por Christoph Gödde y Henri Lonitz. En las notas al pie, me refiero a estas obras por sus títulos al atribuir el origen de los textos. No casualmente, todas estas ediciones le pertenecen a la ahora berlinesa Suhrkamp, que ha sido la sede oficial del legado benjaminiano desde la posguerra, cuando los supervivientes del Instituto de Investigación Social de Frankfurt retornaron a su país natal. Todos los textos se tradujeron originalmente del alemán o del francés, sin dejar de cotejar mis versiones con las preexistentes en los casos en que las había y tuve disponibles. En algunas instancias puntuales, también he confrontado mis textos con la pionera edición italiana de *Opere complete* [Obra completa] promovida por Giorgio Agamben para la casa Einaudi y publicada entre 2000 y 2014, al cabo finalizada por editores alemanes.

De los muchos que colaboraron en diversas formas con este libro, corresponde un agradecimiento especial a Horacio Zaballá-regui, que apoyó el proyecto, y a Ramiro Vilar, que posibilitó su concreción.

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

VIAJE PENTECOSTAL DESDE HAUBINDA¹

Ya algunas semanas antes del feriado de Pentecostés, yo había planeado con empeño un viaje pentecostal a la Suiza francona,² junto con un camarada que quizá vendría conmigo. A ello nos ayudó el compañero de cuarto del camarada en cuestión, que ya había visitado varias veces la Suiza francona; de hecho, era justamente quien nos había dado la idea. Tras haber recibido de casa el permiso y el dinero necesario, nos decidimos firmemente a emprender la excursión.

Nos disgustó saber que también otros estudiantes querían hacer esa misma excursión, si bien en bicicleta (no a pie, como nosotros), y cuando alguien más se ofreció a acompañarnos, lo rechazamos.

Era una lluviosa mañana de comienzos de junio cuando dejamos la conocida zona del basural de Haubinda. En compañía de algunos otros estudiantes con distintos destinos fuimos a Streufdorf, la estación ferroviaria más cercana a nuestra residencia. Como el reloj de Haubinda estaba considerablemente adelantado, tuvimos que esperar el tren unos tres cuartos de hora con una lluvia torrencial bajo el alero del galpón de mercaderías. A esa hora, la “sala de espera” todavía estaba cerrada. Finalmente, minutos antes de las 6 llegó el tren, que solo tenía tercera y cuarta clase. En el camino, mi compañero de viaje e infortunio Hellmut Kautel se entretuvo con un chiquito simpático pero insidioso que para Pascuas nos había visitado desde Altenburg. En Hildburghausen tomamos café, porque teníamos que esperar mucho...

¹ Texto tomado de *Gesammelte Schriften*, t. vi, pp. 229-231. Redactado en 1906. Inédito en vida.

² Se denomina así a una silvestre y pintoresca región de Franconia.

Nuestro siguiente destino era Lichtenfels, desde donde queríamos ir hasta Pegnitz; no sabíamos qué camino tomar desde Lichtenfels. Desde Pegnitz teníamos unas tres o cuatro horas de recorrido hasta Pottenstein, un lugar situado en medio de la Suiza francona y alrededor del cual queríamos hacer excursiones. Nuestras vacaciones duraban una semana.

El tren llegó. Kautel, yo y otro estudiante que viajaba a Coburgo subimos. La región que atravesaba el tren no era bella, así que pronto atacamos nuestras copiosas provisiones, con las que se nos había abastecido en Haubinda. En una de las estaciones siguientes subió un hombre con su mujer, que a todos los que estaban en el compartimiento y luego también a todos los que subían les contaba que el día anterior había corrido con ella bajo una tremenda lluvia desde Eisfeld hasta la estación. En Coburgo nos despedimos del camarada y después empezamos a conversar un poco, pero estábamos muy cansados. Entre otras cosas yo pensaba en que tal vez también se podría visitar Núremberg, pero Kautel, siempre tan precavido, lo desaconsejó. En Lichtenfels nos aburríamos mucho, no podíamos hacer nada debido al mal tiempo. Al cabo nos sentamos en la sala de espera de la cuarta clase (pues allí no había nadie) y leímos. Cuando luego le preguntamos a un lacónico funcionario por el trayecto a Pegnitz, nos indicó que había que pasar por Bayreuth. De camino a Bayreuth me enojé con Kautel y descubrí un rasgo en él que me tuvo enojado durante todas las vacaciones. A saber: era extraordinariamente tímido en el trato con extraños, lo mismo si eran personas particulares o funcionarios. Le pedí que le preguntara al inspector en la siguiente estación si estábamos en el tren correcto; me contestó enfadado que a él le daba absolutamente igual, y que si quería preguntara yo. En general era caprichoso y permanentemente creía estar extenuado. Fuera de eso, era bondadoso y considerado. Desde Bayreuth, donde apenas tuvimos una parada corta, viajamos a Schnabelwaid, y desde allí tomamos el expreso de Fráncfort d. M. para llegar a Pegnitz. Entre el gentío de la estación de Schnabelwaid, Kautel y yo terminamos entrando a distintos compartimientos, pero nos reencontramos en Pegnitz, donde arribamos a las 3 y media.

Soy un mal caminante y ya en Haubinda me daba un poco de miedo esta caminata. El tiempo estaba nublado y lluvioso. Tras pertrecharnos con algunas cosas necesarias en una tienda local, partimos. A los diez minutos de marcha llegamos a una bifurcación de la ruta, a la salida de Pegnitz; el sendero hasta Pottenstein, notablemente más corto que la ruta, arrancaba allí.

Kautel prefería ir por el sendero corto, pero yo pensaba que si yo me las arreglaría bastante mal con la ruta, tanto peor sería con el sendero, del que nos habían dicho que estaba en muy malas condiciones. Al final Kautel cedió y tomamos por la ruta. Mas en el pueblo siguiente decidimos utilizar el sendero por comodidad, porque de ahí en adelante la ruta iba cuesta arriba. Apenas teníamos un mapita no muy detallado, además de una brújula, y después de avanzar un rato por el sendero no teníamos ni idea de dónde estábamos. Pasamos por un trecho de hermoso bosque hasta llegar a una pradera en la que un joven pastoreaba vacas. Cuando le preguntamos el camino, pareció no entender nuestro alto alemán;³ tampoco sabía manejarse con el mapa que Kautel le dio. Pasó lo mismo con una mujer que encontramos más tarde.

Aunque podíamos suponer que los estudiantes demorados podían estar en Pottenstein antes que nosotros y así sacarnos el alojamiento mejor y más barato, sobre el que nos habíamos informado, nos divertíamos mucho, yo más que Kautel; la caminata no me resultaba para nada difícil y casi me daba igual si llegaba a Pottenstein ese mismo día o no. Por lo demás, ya de antemano me había hecho a la idea de tener que pernoctar a la intemperie.

Después de que le habíamos preguntado infructuosamente a la mujer, hicimos la primera pausa breve en la marcha para ubicarnos bien en el mapa. Con ayuda de este y de la brújula, vimos que teníamos que tomar más a la derecha. En la primera bifurcación, doblamos a la derecha. De repente cambió todo el paisaje: en vez del paisaje boscoso nos encontramos en un lugar descampado, cir-

³ Es decir, el idioma alemán estándar, hablado por la gente instruida.

cundado pictóricamente por peñascos. Si se miraba un poco mejor, podían verse cuevas en muchos sitios. Habría tenido ganas de trepar de inmediato por allí, pero no había tiempo. Ahora estábamos cerca de un pueblo y, cuando supimos cómo se llamaba, pudimos orientarnos.

Pasando un poco el pueblo, nos echamos para consumir algo de nuestros víveres. Eran las 5 y media. Luego proseguimos, pero noté que no podía seguir caminando como antes: el descanso me había hecho notar lo cansado que estaba.

EL POETA¹

Ante el trono de Zeus estaban
los olímpicos, y habló Apolo,
cuestionando a Zeus con los ojos:
“Gran Zeus, en tu enorme creación
sé distinguir a cada individuo,
claramente apartando uno de otro;
tan solo al poeta busco en vano”.
A lo que el mandatario respondió:
“Mira allí en los montes de la vida,
en la senda rocosa, donde van
las alternantes generaciones.
En el vivaz cortejo ves unos
que ruegan y suplican con pesar,
y ves otros que juegan sonriendo,
cogiendo flores en el abismo.
Algunos avanzan a hurtadillas,
con la vista perdida en el suelo.
Muchos otros andan en multitud,
con diversos ánimos y gestos.
Mas en vano buscas al poeta...
Mira el borde del pétreo camino,
donde súbitas caen las rocas
y retruenan en la negra hondura.

¹ Texto tomado de *Gesammelte Schriften*, t. II/3, p. 832. Se trata de un poema en verso pentámetro trocaico (cinco pies troqueos sin rima), originalmente publicado en la revista estudiantil berlinesa *Der Anfang. Zeitschrift für kommende Kunst und Literatur*, núm. 19, junio de 1910, p. 25, bajo el seudónimo de “Ardor”.

Contempla el margen del feo abismo:
 verás a alguien despreocupado,
 entre la noche y la luz del día.
 Se pasea con calma inmutable,
 lejos de la senda de la vida.
 Con la vista ya puesta en sí mismo,
 ya con valentía en las alturas,
 ya con amplitud en el gentío.
 Su pluma redacta eternos trazos...
 Conócelo, pues: es el poeta”.

[DER DICHTER

Um den Thron des Zeus versammelt standen
 Die Olympier. Und es sprach Apoll
 Fragend seinen Blick zu Zeus gewendet:
 “Groser Zeus in Deiner macht’gen Schopfung
 Kann ich jedes einzelne erkennen,
 Scharfen Blicks es sondernd von den andern
 Nur den Dichter suche ich vergebens.”
 Ihm erwidernnd gab der Herrscher Antwort:
 “Sieh hinunter auf’s Gebirg des Lebens,
 Auf den steilen Felsengrad, wo wandern
 Hin im ewigen Wechsel die Geschlechter.
 In dem bunten Zuge siehst die einen
 Jammernd fleh’n Du, mit erhob’nen Händen,
 Andere wieder siehst Du lachend spielen
 Blumen haschend an dem Felsen Abgrund;
 Manche siehst Du stumm die Strase schleichen,
 Leer zu Boden ihren Blick geheftet.
 Zahllos viele find’st Du in der Menge
 Stets verschied’nen Geistes und Gebarens;
 Doch den Dichter suchst Du dort vergebens.
 Schau zum Rand der grosen Felsenstrase,
 Wo in jahem steilen Sturz die Felsen

Ewig donnern in die schwarze Tiefe.
Sieh, am Rand des ungeheuren Abgrunds,
Da gewahrst Du Einen sorglos stehend
Zwischen schwarzer Nacht und buntem Leben.
Dieser steht in wandelloser Ruhe
Einsam, abseits von der Lebensstrase.
Bald den tiefen Blick in sich gerichtet,
Mutig bald zu uns hinauf ins Licht,
Bald auch grosen Schauens auf die Menge.
Ew'ge Züge schreibt sein Griffel nieder.
Diesen siehe und erkenn - er ist der Dichter.“]